

Es propiedad
de V. de Lalama.

BIBLIOTECA
DRAMÁTICA.

Se venden
Cuesta y Perez.

BUENA PIEZA!!!

Disparate cómico en un acto, original de Febo Vicampia, representado en el teatro de Novedades,
en el mes de febrero del año de 1858.

PERSONAS. ACTORES.

ENRIQUETA, pupila de..... Doña Salvadora Cayron.
DON CLEOFÁS..... Don Calisto Boldun.
DON JUAN, padre de..... Ceferino Hernandez.
JUANITO..... Antonio Zamora.
ROSA, criada..... Doña Trinidad Bedia.

La acción pasa en Madrid.

Sala regularmente amueblada en casa de don Cleofás.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA y ROSA.

ROSA. Gracias á Dios, señorita,
que hallo á usted hoy mas contenta.

ENR. Razon tengo para estarlo.

ROSA. Y bien, qué razon es esa?

ENR. Sabes que el nuevo vecino
que se ha mudado á la izquierda
de nuestra casa, es don Juan...

ROSA. Vaya una noticia fresca!
Cómo he de ignorarlo yo,
de vuestro amor la estafeta,
el agente y...

ENR. No interrumpas,
y oye el caso.

ROSA. Estoy atenta.

ENR. Don Juan, jóven elegante,
de recomendables prendas,
me ofrece nombre, fortuna
y porvenir, con la enseña
de un amor tan noble y puro,
cual el que el alma sustenta
solo por él.

ROSA. Señorita,
todo eso lo sé: y advierta,
que no se me pasa en claro
lo que don Cleofás intenta
acerca de usted; los celos
que le abruma, y la terca
mania en que se ha empeñado
de conseguir lo que espera,
es decir, hacerse dueño
de usted y de sus pesetas.

ENR. Pobre tutor!

ROSA. Si, buen máula
es el tal viejo habieca!

ENR. Hoy mismo pasará á verme
mi don Juan.

ROSA. Está usted fuera
de juicio? Si don Cleofás
tal sacrilégio sospecha...

ENR. Qué me importa que sospeche,
si hoy salgo de su tutela,
y ya en vez de reprenderme
tendrá que rendirme cuentas?
Y cómo ha de sorprenderse,
si él mismo que le hable es fuerza?

ROSA. Pues no lo entiendo...

ENR. Don Juan,
merced á una estratagema
que le ha inspirado su ingenio,
se finge doctor en ciencias
y médico de gran tono.

ROSA. Y bien?

ENR. Supon que las muelas
dentro de un rato me duelen,
de mi tutor en presencia;
y que en pos de un accidente,
acúdeme la jaqueca.

ROSA. Lo supongo.

ENR. En ese caso,
viéndome el tutor enferma,
recurre pronto á un galeno,
el que se encuentre mas cerca:
y como te encarga á ti
del recado, vas ligera,
llamas á don Juan, y...

ROSA. Veo
que dá usted por cosa hecha,
el que haya de suceder
del modo que usted lo piensa.

ENR. Nuestro plan es infalible.
Pues tenemos una empresa
fácil de llevar á cabo,
para engañar su esperiencia.

ROSA. Cómo?

ENR. Despues que don Juan

me haya curado las muelas,
él y mi tutor, a solas
hablando en la estancia quedan.
Don Juan al tutor le dice,
que gracias á su experiencia
en la Química, ha logrado
inventar... Mas ya se acerca
vete, no nos halle juntas,
porque de todo sospecha. (vase Rosa.)

ESCENA II.

DON CLEOFAS, ENRIQUETA.

ENR. (Aqui empieza la ficcion;
demostramos principio á la treta.)

CLEO. Buenas tardes, Enriqueta,
niña de mi corazón.

ENR. Adios, tutor.

CLEO. Mas, qué es esto?

Tú lloras, estás temblando...

ENR. Es que estoy, tutor, penando
muchísimo.

CLEO. (Algun pretesto
para que la deje sola.)

Lo que saben las chicuelas!

Y qué es ello?

ENR. Ay! que las muelas
me atormentan.

CLEO. Ola, ola!

Las muelas, eh? (A mi también,

me está matando el amor

que te tengo.)

ENR. Ay! ay! tutor...

CLEO. Qué es eso, niña?

ENR. La sien...

que se me parte.

CLEO. Haya tal!

(No finge mal la muñeca!)

ENR. Yo creo será jaqueca,

porque me hace mucho mal.

CLEO. Ponte, si te duele mucho,

dos pegados de patata:

esto la jaqueca mata.

ENR. Me muero!

CLEO. Cielos! Qué escucho? (alarmado.)

ENR. Sin médico, estoy segura

que me he de morir.

CLEO. Mania!

ENR. Usted lo creará algun día

llorando en mi sepultura.

CLEO. Oye, Enriqueta, te ruego

que atiendas á mi experiencia,

y no en la médica ciencia

quieras buscar tu sosiego.

Los médicos de estos días

necios muchos, sábios pocos,

si jóvenes, dan en locos;

si locos, en mil manias.

Asi pues, de mi consejo

ten cuenta.

ENR. Pienso, tutor,

que al lado vive un doctor

experimentado y viejo.

CLEO. Quién te lo dijo?

ENR. La fama

que por mas darle escelencia,

por todas partes su ciencia

con fuertes voces proclama.

Mas, ay! tutor que de hablar,

me pongo mucho peor.

Que llamen á ese doctor.

CLEO. Voy á mandarle llamar.

ENR. Dios mio!

CLEO. Enriqueta!

ENR. Si!

me muero!.. (finge un desmayo.)

CLEO. Suerte alevosa!

Rosa!

ROSA. Señor! (entra Rosa.)

ESCENA III.

Dichos, y ROSA.

CLEO. Presurosa:

haz que el doctor venga aqui.

ROSA. Ay! Jesus! La señorita...

CLEO. No temas, vé y vuelve al punto.

ROSA. Qué doctor es?

CLEO. El de ahí junto:

dile que venga aprisita. (vase Rosa.)

ESCENA IV.

DON CLEOFAS y ENRIQUETA.

ENR. Ay! tutor, cuánto padezco...

CLEO. Mi pupila, prenda cara,

mas siento yo tus dolores,

que si á mi me atormentáran:

ENR. Pero tutor, sufro tanto...

(Mi Juanito cuánto tarda!)

CLEO. Vamos, niña, ten paciencia,

que en mi el cielo te depara

un curador de tus bienes,

consolador de tu alma.

Ya has visto cómo he mandado,

que hagan venir sin tardanza

quien alivie tus dolores.

ENR. Es que me hace mucha falta.

CLEO. Ya, Enriqueta, lo supongo:

pero dime, á cuándo aguardas

para curar tú los míos,

los que tu desden me causan?

Por qué á tu tutor no quieres?

Mi ternura no te encanta?

Puede amarte ningun joven

con el fuego que me abrasa?

Contesta, paloma mia...

(aparece Juanito en el dintel de la puerta.)

ESCENA V.

Dichos y JUANITO.

JUA. (Pues señor, no hay mas que audacia,

arrojo, serenidad,

y salga por donde salga.)

CLEO. (Quién será este mequetrefe?)

ENR. (Su presencia no le agrada.)

CLEO. Quién es usted?

JUA. Que quién soy?

Don Juan Guerrero me llaman.

CLEO. Don Juan Guerrero? No sé...

JUA. Hace poco que á esta casa

me he mudado; soy el médico.

CLEO. Usted el de tanta fama?

JUA. Es favor!..

CLEO. (Cómo! Es buen mozo...

y Enriqueta aseguraba

que era un hombre viejo y feo...

Y viste con elegancia!

JUA. Podré saber, á qué debo venir á honrarme á esta casa?

CLEO. Señor doctor, mi pupila, niña que está muy mimada, padece un dolor de muelas que la tiene disgustada. En usted, doctor, confía; á ver si puede aliviarla.

JUA. Señorita...

ENR. Caballero...

JUA. (Animo, y ten esperanza!) (ap. á *Enriqueta*.)

CLEO. (Se hablan quedo.)

ENR. (ap. á *Juan*.) (Que nos mira.)

JUA. (id.) (Disimula.)

ENR. (id.) (Pero...)

JUA. (id.) (Calla!)

CLEO. Doctor, qué le dice usted á mi pupila?

JUA. Observaba el pulso; algo contraído lo encuentro, pero no es nada; el remedio está en mi mano. (saca un pomito.) Este elixir de la Arabia, compuesto por mí, premiado en la esposicion de Francia, y tambien en la de Lóndres, y no premiado en España; la dejará, estoy seguro, completamente curada.

CLEO. Prodigioso es el remedio.

JUA. Tan prodigioso, que pasma. Si yo le contára á usted las curas extraordinarias que con él he efectuado...

CLEO. Bien, doctor; pero reclama la niña sus atenciones.

JUA. Si señor; voy á curarla. (saca el pomo.) Apure usted el aroma que el gran elixir exhala y estará muy pronto buena.

ENR. (Pero, qué contiene?) (ap. á *Juan*.)

JUA. (ap. á *Enriqueta*.) Agua. (Enriqueta aspira el pomo.) Así. Qué tal?... Duele aun?

ENR. Muy poco.

JUA. Tenga usted calma, y aspire otra vez... muy bien.

CLEO. Te duele, niña?

ENR. Ya nada.

CLEO. Prodigio estupendo, raro...

JUA. Y no premiado en España.

ENR. Ay! tutor, me encuentro buena.

CLEO. Pues dá al médico las gracias; y á mi un abrazo, hija mia.

JUA. (Un abrazo y en mis barbas!)

CLEO. En qué piensas, que no vienes? Ya comprendo, está cortada, doctor, pero me ama tanto!

JUA. Será verdad!

CLEO. Me idolatra... Y como está usted delante...

JUA. Eso es decir que me vaya.

CLEO. Usted tendrá sus quehaceres; por lo tanto...

JUA. (Viejo maula! no me doy por aludido.) (ap. á *Enriqueta*.)

CLEO. (Vive Dios! y no se marcha! Y se pone á hablar con ella!) Doctor.

JUA. Don Cleofás, qué manda?

CLEO. Qué mando! Pues no le he dicho?

JUA. Y qué ha dicho usted?

CLEO. Caramba! Hablo en griego ó en latin?

JUA. No señor, pero me extraña...

CLEO. Pues es que quiero estar solo.

JUA. Como dueño de esta casa puede disponer; el médico sus honorarios reclama. (Asi ganaré mas tiempo.)

CLEO. Sus... (Qué grosero!)

JUA. (á *Enriqueta*.) (Esto marcha.)

CLEO. (Y hablan otra vez! Qué escándalo!) Doctor, tome usted. (le dá dinero.)

JUA. Mil gracias. Una peseta!.. Señor! oh! yo nunca imaginára que llegase á tal extremo su esplendidez.

CLEO. Qué pensaba que yo no pago á mis médicos? (Me he escedido; un real de plata para pagar el olor de ese frasquillo, bastaba.)

JUA. Y para darle una prueba de mi gratitud...

CLEO. (Qué charla!)

JUA. Le suplico que me escuche.

CLEO. Bien; pero pocas palabras.

JUA. Don Cleofás, usted está enfermo.

CLEO. Bueno estoy yo para chanzas.

JUA. Cómo chanzas? Duda usted?

CLEO. A mí no me duele nada.

JUA. Amigo, este es un misterio que ante mi vista se aclara.

CLEO. Pero hombre, por Dios, qué dice? Si yo estoy bueno!

JUA. La causa de su enfermedad... de su enfermedad...

CLEO. Cuál es?

JUA. No pronuncio una palabra si no nos quedamos solos.

CLEO. Pero, doctor...

JUA. Nada, nada. Señorita, su tutor desea... (Vete.) (á *Enriqueta*.)

CLEO. (Ya escampa!) Pero hombre...

JUA. Le ruego á usted que entre en la vecina estancia por un momento.

ENR. Obedezco, pues que mi tutor lo manda. (se retira.)

CLEO. Si yo no he dicho tal cosa... escucha!..

JUA. Un momento!

CLEO. Basta! déjeme usted, caballero.

JUA. El médico es el que habla.

CLEO. Y tendré paciencia, cielos! Hay que escucharle, cachaza.

ESCENA VI.

DON CLEOFAS y JUANITO.

CLEO. Pues señor, ya estamos solos; pero ante todo, le ruego que se explique, echando á un lado

circunloquios y rodeos.
JUA. (Dios ponga tino en mi lengua.)
 Don Cleofás, voy pues á ello.
 Y pues la ciencia aconseja
 que se proceda con método,
sine qua non, non est facile
videre causam...
CLEO. Si, cierto;
 pero suprimir pudiera...
JUA. El latin! idioma bello.
 Poco iniciado en la ciencia,
 señor don Cleofás, comprendo
 que debe desespearle
 la esposicion de unos hechos,
 que aun á sábios cuesta mucho
 profundizar en su seno:
 dispéñseme usted, amigo...
CLEO. No hay de qué... pero le ruego
 que volvamos al asunto.
JUA. Al asunto? (Bien, soberbio!
 Pobre viejo! Ya eres mio!)
 Pues el asunto es muy serio;
 y aun cuando la ciencia cuenta
 con poderosos remedios,
 sintiera dar un disgusto
 á quien de veras aprecio.
CLEO. Disgusto! Y por qué? Caramba!
 Explíquese sin rodeos,
 yo tendré valor. (Dios mio!
 Ay! qué malo que me siento!)
 Vamos, vamos, hable usted.
JUA. Puesto que usted forma empeño...
 Grave enfermedad de amor (*le toma el pulso.*)
 es lo que está padeciendo,
 y el corazon presuroso
 lo indica en sus movimientos:
 Si no, niéguelmelo usted?
CLEO. Hombre, á tanto no me atreva!
 Si es esa mi enfermedad;
 ya varia; lo confieso.
JUA. Usted vé cómo la ciencia
 no se engaña?
CLEO. Ya lo creo!
JUA. Ahora fácil se comprende
 de su cara lo imperfecto,
 pues destruye horriblemente
 su físico, el sufrimiento.
CLEO. Cómo se entiende? A mi mismo
 decirme usted que soy feo?
 Eso es un insulto...
JUA. No,
 es lo cierto. Mas le ruego
 me escuche, y aunque, en verdad,
 se encuentra usted algo viejo...
CLEO. Otro insulto?...
JUA. Calma, amigo!
 Usted aun puede ser bello,
 que el sistema de Cagliostro
 para todo dá remedio.
CLEO. Con que yo!.. Y ese sistema?...
JUA. Es amigo al que yo debo
 el hallarme jóven, fuerte,
 bien parecido, y sostengo
 que cual yo puedé usted estarlo.
CLEO. Con que es decir que yo puedo?...
 Ja, ja, ja, ja, qué ocurrencia!
JUA. En mi tiene usted un ejemplo...
CLEO. Cómo! En usted?...
JUA. Quién lo duda?

CLEO. Conque usted no es jóven?
JUA. Cierto:
 Usted tendrá unos cincuenta...
CLEO. No señor; cuarenta y...
JUA. Quieto:
 yo tengo sesenta y ocho,
 y le gano á usted á feo.
CLEO. Doctor! Qué me cuenta usted?
 Pero tome usted asiento...
 Con que era usted mas que yo
 achacoso, feo y viejo?
 Y está usted hecho un pimpollo!
 Que me perdone le ruego,
 si en algo faltarle pude.
JUA. No hay de qué. (Tragó el anzuelo.)
CLEO. Mas yo le suplicaria,
 me esplicase de qué medio
 se valió para obtener
 ese cambio, ese portento...
JUA. De la ciencia de Cagliostro:
 este elixir y este espejo. (*los saca.*)
CLEO. Válgame Dios! Qué prodigio!
JUA. Y ahora mismo, en un momento
 si usted quiere, le trasformo...
CLEO. Cómo, amigo, será cierto!...
 Y usted será tan amable?
JUA. Mucho que si. Estése quieto.
Asimus est, te confirmo.
 (*Presentándole el espejo, y untándole con un pincelito que*
lleva en el pomo.)
 mucha fé; oído, atento.
 Diga usted conmigo ahora:
me fecit asinum, credo,
 cerrando un poco los ojos.
CLEO. *Me fecit asinum, credo.*
 (*don Juan cambia el espejo.*)
JUA. Ahora, mire usted su imágen.
CLEO. Jesus! Qué cambio tan bello!
 Pero diga usted, doctor,
 soy yo el que se mira ahí dentro?
JUA. Pues don Cleofás, cabe duda?
 Usted mismo, no está viéndolo?
 Y si aun no se persuade,
 llame á su pupila, y luego
 verá usted cómo le toma
 por un jovencito apuesto.
CLEO. Si, si; que venga al instante...
 Enriqueta!
JUA. Y aun sin eso;
 no se encuentra usted mas ágil,
 mas libres los movimientos...
 mas vigor?...
CLEO. Si, si; es verdad!
 Mas formido, mas repuesto,
 hecho un muchacho... Doctor,
 venga un abrazo.
JUA. Lo acepto.
CLEO. Ahora si que es imposible
 que no me adore al momento.
 Enriqueta! Enriquetilla!
 Qué venga.
JUA. Si; mas le ruego
 que no abuse de su estado:
 y si se torna usted feo,
 con decir estas palabras,
me fecit asinum, credo,
 usando tan solo de ellas
 cuando se mire á este espejo,
 tornará á ver realizado

otra vez este portento.

CLEO. Bien; pero démelo usted.

JUA. Es el único que tengo; y lo necesito yo para mi uso; en su obsequio cuando usted lo necesite, se lo prestaré.

CLEO. Si es eso, querido amigo, no insisto.

Mas, con qué pagarle puedo tantas y grandes mercedes?

JUA. Con no volver á hablar de esto.

CLEO. Ay! ya se acerca Enriqueta.

JUA. (Ahora si que va á ser ello!)

(entra Enriqueta, y aparenta buscar á su tutor.)

ESCENA VII.

Dichos, y ENRIQUETA.

ENR. Mi tutor me llamaba?

Ah! caballeros...

JUA. (Vedla qué interesante.) (á Cleofás.)

CLEO. (Ya le hizo efecto.) (á Juanito.)

ENR. Con su permiso, (retirándose.) don Cleofás me ha llamado.

CLEO. Si, dueño mio:

quiero hablarte y te llamo tierno, amoroso,

para que en mi contemples todo un buen mozo.

ENR. Qué disparate!

Vos mi tutor?

CLEO. El mismo, ¿qué duda cabe?

ENR. Caballero, se advierte que estais de broma;

tan elegantes frases, mucho le abonan.

CLEO. Ay! Enriqueta, si lo dudas, me mato con la escopeta.

JUA. (Bien lo finge la niña.)

CLEO. Doctor, decidle que soy Cleofás el viejo.

ENR. Cá!.. Es imposible!

JUA. Si, no os engaña.

ENR. Pero el señor es bello, y él es un facha.

JUA. Mas la ciencia, Enriqueta, le ha transformado.

(No te convenzas, firme!)

CLEO. Si, dueño caro: la ciencia admira,

que en vez de un cardo seco te dá una espiga...

Dije espiga? Un pimpollo.

Mírame, hermosa, no es verdad que me amas?

ENR. Ay! yo estoy loca!..

Doctor, no creo...

CLEO. Acércate y admira tan gran portento.

Oye; cual tú ahora poco yo lo dudaba,

pero la ciencia, niña, mas alto habla.

Si no, tres somos,

y de los tres, quién duda que soy hermoso?

JUA. Quién, don Cleofás, dudará lo que está viendo?

CLEO. Y que de amor por ella triste me muero.

ENR. (Qué hacer? Dios mio!)

CLEO. Dame un abrazo, hermosa.

ENR. Qué desatino! Reportaos, caballero,

si no doy voces; dije que no os conozco.

Adios, señores.

CLEO. Adónde vas?

ENR. A buscar á mi dueño; mi buen Cleofás. (vase Enriqueta.)

ESCENA VIII.

DON CLEOFÁS y JUANITO.

CLEO. Señor don Juan, me he quedado como una estatua de piedra.

Por qué siendo yo un Narciso, huye de mi, mi Enriqueta?

JUA. Confianza, don Cleofás.

que tambien puede la ciencia reducir las voluntades

que rebeldes se nos muestran.

JUA. Llena de asombro la pábula

por la atmósfera magnética

de que os circuyó la mágica

operacion, en su interna

economía ha sufrido

una reaccion tan tremenda,

que segun opinan Gall

y Cubier, la inteligencia

de la pábula á estas horas

gravemente estará enferma.

Si yo no te doy mi ayuda

ay! desdichada Enriqueta,

víctima serás de un mono-

maniático dilema

entre el don Cleofás pasado

y el don Cleofás que hoy te asedia.

CLEO. Pero yo, no soy quien soy?..

JUA. Si señor; mas no quién era;

que aunque es idéntico el fondo,

es distinta la corteza.

CLEO. Tiene usté, amigo, razon.

Oh! cuánto puede la ciencia!

Qué prodigios! Pero, vamos

podrá usted ponerla buena?

JUA. Si señor, mas es preciso

que á solas quede con ella.

CLEO. Cómo á solas?.. Imposible!

JUA. Cagliostro, asi lo aconseja.

CLEO. No en mis dias. Usted es jóven,

ella muchacha, y no fea...

JUA. Don Cleofás! usted me insulta;

y ahora mismo, si no fuera

por razones que me calló...

Mas, cordura me aconsejan

Mephistópheles y Fausto,

Hume, Cagliostro y Villena,

y es preciso obedecer

á los padres de la ciencia.

—Yo curaré á su pupila.

CLEO. Sin que necesario sea

que queden ustedes solos?

JUA. Lo que por ninguno hiciera,

lo voy á hacer, don Cleofás,

por usted. Con mis setenta,
mi peluca, mis arrugas,
mi joroba y coja pierna,
visitaré á su pupila.
Por usted haré que la ciencia
que de viejo me hizo jóven,
hoy haga en mi un vice-versa.

CLEO. Será posible, don Juan,
que por servirme consienta
en perder la lozanía
de su fresca primavera?

JUA. Los hombres que profesamos
la ciencia del gran Villena,
pertenece mos, no al yo;
á la humanidad entera.

Vóime á casa; en un instante
me pondré de tal manera,
que usted mismo, estoy seguro,
no ha de conocerme... Ea,
manos á la obra... Adios
hasta despues.

CLEO. (absorto.) Que estupenda
maravilla!

JUA. Amigo mio, adios.

CLEO. Pero...
JUA. Hasta la vuelta. (vase.)

ESCENA IX.

DON CLEOFÁS.

Será posible! La ciencia
podrá alcanzar... Pobrecita?
Tan jóven y tan honita,
víctima de la demencia!
Está claro, es evidente;
bien el espejo lo indica,
que me adorára la chica
si no estuviese demente.
Jóven soy, nueva armadura
reviste mi corazon
fuerte como el del leon...
Pero su estraña locura...
Oh! si se cura, de hoy mas,
mi esperanza el gozo inquieta;
será la linda Enriqueta
prenda del bello Cleofás.

(entra Enriqueta fingiéndose demente.)

ESCENA X.

ENRIQUETA, DON CLEOFÁS.

ENR. Cleofás!
CLEO. Oh, dulce acento!
ENR. Mi bien!
CLEO. Cielos!
ENR. Cleofás!
CLEO. Qué quieres, prenda mia?
ENR. Tente, jóven audaz! (rechazándole.)
CLEO. Contradiccion horrible!
Si yo soy tu galan,
tu pichon fino y tierno,
cuyo arrullito vá
envuelto entre suspiros,
tu oreja á acariciar.
ENR. Quién eres?
CLEO. Cleofás!
ENR. Mientes,
mancebo!

CLEO. Es la verdad.
Soy jóven, soy hermoso,
mas soy tambien Cleofás.
ENR. Cleofás es feo.
CLEO. Tonta! fué broma mi fealdad!
ENR. Cleofás tiene los ojos
ribeteados.
CLEO. Bah!
ENR. Cleofás tiene en la punta
de su trompa nasal,
mas rubicundos granos
que peces tiene el mar.
CLEO. Pero...
ENR. Cleofás no eres.
CLEO. Si, tonta; soy Cleofás.
ENR. Tú tienes bellos ojos
de lánguido mirar,
hermosa nariz griega,
y labios de coral;
mas te falta su genio,
su gracia, su bondad;
su acento apasionado
si intenta enamorar.
Su físico es horrible,
hermoso su moral,
por eso le aborrezco
y le adoro á la par.
Si fuera tan bonito
cual tú!..

CLEO. Oh, felicidad!
ENR. Aparta, aparta, jóven.
CLEO. Si soy yo!.. Soy Cleofás!
La ciencia con sus luces
logróme hermostear.
ENR. Aparta!..
CLEO. Oye un instante,
escucha por piedad.
Si tu tutor tuviera
la gracia singular
de mi semblante hermoso,
mi mágico ademan,
y puesto ante tus plantas, (se arrodilla.)
con voz angelical
te digera: «Tú eres
mi amor, mi...»
ENR. Ja, ja, ja!
(que hasta entonces ha procurado contener la risa.)
CLEO. Pero...
ENR. Ja, ja!
CLEO. Enriqueta!
ENR. Ja, ja, ja, ja!
CLEO. Esto mas?
ENR. Ja, ja, ja, ja, ja!
CLEO. Risa
nerviosa...
ENR. Ja, ja, ja!
CLEO. Horribles carcajadas!
No aflijas á Cleofás,
con esa convulsiva
risa!..
ENR. Ja, ja, ja, ja!
(rendida de reir, se deja caer en un sillón. Don Cleofás
se coloca á su lado de espaldas á la puerta, por la que
entra Juanito sin ser observado.)

ESCENA XI.

Dichos, JUANITO.

JUA. (Si lo habrá echado á perder?)

CLEO. Te sosiegas?..

ENR. Ja, ja, ja!

D. JUAN. (dentro.) No hay que negarlo, voto á Dios.

JUA. (Dónde me podré esconder?)

Soy perdido!) (vase por la derecha.)

ESCENA XII.

DON CLEOFÁS, ENRIQUETA y DON JUAN.

D. JUAN. Caballero... Caballero!...
(mas fuerte, pegándole en el hombro.)

CLEO. Servidor! (volviéndose.)

(Qué feo!) (Enriqueta se levanta.)

Usted es señor...

D. JUAN. Si, D. Juan Guerrero.

CLEO. D. Juan! déme usted un abrazo!

D. JUAN. Pero...

CLEO. Apriete usted, amigo. (abrazándole.)

(Juanito asoma la cabeza y llama á Enriqueta, que entra con él.)

JUA. Chist! chist! (Mi suerte maldigo!)

CLEO. Está usted feo... feazo!

D. JUAN. Cómo! Caramba!

CLEO. Archifeo!

D. JUAN. Pues me gusta,

ENR. Je! si, es raro...

D. JUAN. Se habrá visto igual descaró?

Quiere usted irse á paseo?

CLEO. No; si no me he sorprendido,

le conocí á usted al momento.

Tengo yo mucho talento!

D. JUAN. (En qué casa me he metido!)

CLEO. Creyó usted engañarme; pero

al verle yo tan feote,

dije para mi capote:

«este es, si, D. Juan Guerrero.»

D. JUAN. Voto á cribas! Pues soy yo...

CLEO. Diré á usted, si no se altera,

que gana al sargento Utrera,

que de feo... reventó.

Ya veo la gran virtud

de su específico.

D. JUAN. Siento

ganar...

CLEO. Que vuelve al momento

gracia, belleza y salud.

D. JUAN. Voto al draque!

CLEO. Je! ahora poco

era usted guapo... divino,

y ahora parece un...

D. JUAN. D. Lino,

está usted acaso loco?

CLEO. Loco, loco de alegría,

porque merced á su ciencia,

es hermosa mi presencia,

tengo gracia y gallardía.

Antes, si iba presuroso

por la calle de paseo,

todos me gritaban; «feo:»

hoy me gritarán: «hermoso!»

Y al verme orgulloso y fiero,

no faltará alguna hermosa

que diga con voz melosa:

«vaya usted con Dios, salero.»

D. JUAN. Oiga usted, usted ha almorzado?

CLEO. Si señor; vaya! mis sopas

de ajo.

D. JUAN. Y cómo cuántas copas?

Porque está usted mareado!

CLEO. Yo!

D. JUAN. Si señor.

CLEO. San Antón!

D. JUAN. Y sepa, que si me enojó,

por los faldones le cojo

y le echo por el balcón.

Viejo pelele!

CLEO. Alto ahí,

porque... creo que le pego;

lo que es viejo... niego, niego;

guapo, jóven; eso si.

D. JUAN. Pero está usted en Belen?

CLEO. Los espejos con su embrollo

han transformado en un pollo

aqueste Matusalem.

Y de hoy mas no gastaré

ni zapaticos de pana,

ni corbatin de badana

ni gorro... ni bisoné!

No; que gastaré tirillas

y de charol el calzado,

y pantalon ajustado;

si señor... y hasta trabillas.

D. JUAN. Todo eso podrá usted hacer;

pero como es usted horrible;

que parezca es muy posible

la estampa de Lucifer.

CLEO. Diga usted eso otro vez,

y armo la marimorena.

D. JUAN. Armela usted enhorabuena:

qué me importa á mi? Pardiez!

Es usted un bobalicon;

usted está delirando.

CLEO. Y usted está marchitando

las flores de mi ilusión.

Imbécil!

D. JUAN. Viejo ruin!

CLEO. Feote!

D. JUAN. Loco de atar!

CLEO. Le he de hacer á usted ahorcar.

D. JUAN. No hay un palo? (dando vueltas por la escena.)

CLEO. (imitándole.) Y mi espadin?

D. JUAN. Santo Dios! Qué trasudores!

CLEO. Quiero vengarme... (cogiendo una silla.)

D. JUAN. (imitándole.) Canalla!

CLEO. A la brecha.

D. JUAN. A la muralla.

(Juanito aparece en la puerta con Enriqueta.)

ESCENA XIII.

Dichos, JUANITO y ENRIQUETA.

JUA. Qué hacen ustedes, señores?

ENR. Deténgase usted, tutor, (á Cleofás.)

JUA. Cálmesese usted, padre mio. (á D. Juan.)

CLEO. No pongas dique á mi brio. (á Enriqueta.)

D. JUAN. Bribon de marca mayor, (á Juanito.)

qué haces aqui? Las orejas

te he de arrancar.

JUA. Padre amado,

perdon á un enamorado.

CLEO. Por qué de Cleofás te alejas, (á Enriqueta.)

palomita?

ENR. Porque es feo.

CLEO. Mientes. Cá.
 ENR. Mientes, repito;
 soy bonito, soy bonito...
 JUA. Si? Mírese usted. (le presenta un espejo.)
 CLEO. Qué veo!
 Traicion, traicion! voto á Caco!
 Esto exige un escarmiento...
 y... quién es este esperpento?
 JUA. Es usted.
 CLEO. Miente el bellaco!
 Yo soy hermoso; y no cedo;
 no ceñor; vaya un capricho!
 Soy jóven, para eso he dicho,
 «me fecit asinum, credo.»
 D. JUAN. Conque es usted? Buen provecho.
 JUA. Adoro á Enriqueta bella,
 y solo, solo por ella,
 toda esa tramoya he hecho.
 CLEO. Conque todo?..
 JUA. Qué ilusion.
 CLEO. Oh, desencanto infernal!
 Voy á tirarme al canal...
 (se dirige al fondo; luego se detiene.)
 No, concluiré la funcion!
 D. JUAN. Querrás explicar qué treta? (á Juanito.)
 JUA. Si, padre mio, y muy presto
 diré á usted lo que hay en esto:
 Hace tiempo que á Enriqueta,
 con el amor mas ardiente
 adoro, y ella me ama;
 y de ámbos la amante llama
 es tan pura, cual vehemente.
 Su tutor... ese señor,
 tambien dió en quererla...
 CLEO. Si.
 JUA. Pero ella me quiere á mi,
 y no quiere á su tutor.
 ENR. Es verdad.
 CLEO. Qué desparpajo!
 JUA. Abreviando; hice creer,
 que pronto podia volver
 en Narciso á ese espantajo.
 Esta fué toda la broma,
 y esta de mi amor la estrella.
 CLEO. Si; que se case con ella,
 y con su pan se lo coma.
 Y no está mal, le recuerde,
 que el juego del matrimonio,

es un juego del demonio,
 que el que se la lleva, pierde.

JUA. (Arrodillándose con Enriqueta á los pies de D. Juan.) De usted aguardamos el sí.
 D. JUAN. Levantarse: y bien está.
 JUA. Gracias, buen padre!
 D. JUAN. Quizá
 sientes la cabeza asi.
 JUA. Al fin para nosotros,
 cara Enriqueta,
 luce de los amores
 la pura estrella,
 ya nube alguna...
 ENR. Aun pudiera nublarse!..
 JUA. Pues quién?..
 ENR. Escucha;
 si gustó ó no la pieza
 me importa poco;
 lo que yo pido es gracia
 para nosotros.
 CLEO. Tente, chicuela:
 cómo no ha de gustarles,
 la Buena pieza!!
 Dime que soy bonito
 y hablar te dejo.
 ENR. Es usted bello, jóven,
 lindo, hechicero.
 CLEO. Gracias, muchacha:
 pide ahora lo que quieras.
 ENR. Una palmada.

FIN.

No encuentro inconveniente en que se le conceda licencia para representarse. Madrid 23 de abril de 1857.—El censor, Pablo Yañez.

MADRID, 1858.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA,
 calle del Duque de Alba, núm. 13.